

bria experimentado la humanidad si el Cristianismo no hubiera aparecido, por alto que fuese el grado de civilización á que la sociedad hubiera podido remontarse, aun suponiendo (lo que no es posible) que hubiese existido la verdadera civilización sin el Cristianismo, y sin embargo, en ninguna de sus edades ó épocas disfrutó estos beneficios. Roma era tan culta como se puede ser fuera de la influencia del Evangelio, y, sin embargo, no los saboreó hasta que Constantino dió existencia social á la religión cristiana, y fijó la cruz en el Capitolio, y mas completamente cuando el imperio romano cercano á su muerte, como para volver en su arrepentimiento de las tinieblas á la luz, admitió definitivamente en su seno al Cristianismo.

Antes de concluir este capítulo oigamos al sábio filósofo Sabunde discurrir acerca de estos beneficios del Cristianismo en las diferentes clases y condiciones sociales por sus sublimes principios.

«Adoptados, dice (1), estos principios (el amor de Dios y el del prójimo por Dios) de buena fe y con sinceridad, demos una ojeada al mundo moral, observemos un poco el encadenamiento, el orden y las relaciones que necesariamente han de existir entre los soberanos y los súbditos, entre el rico y el pobre, el infeliz y el afortunado. No se encontrarán por cierto otros mas sólidos ni mas útiles, mas estables ni mas perfectos.

«El soberano que ama á sus pueblos como á sí mismo por que los ama en Dios y por Dios, se tiene por un padre amoroso rodeado de sus hijos; se persuade de que está sentado en el trono, no para aumentar sus placeres, ni para gozar de los homenajes de sus súbditos, ó deleitarse en el esplendor de su majestad, sino para aliviar los infortunios de sus pueblos y para fomentar en ellos la paz, el reposo y la felicidad. Su trono está rodeado por aquellos que le dicen sinceramente la verdad aunque sea amarga á veces. Su morada está abierta igualmente al rico que al pobre. Con igual placer, con la misma presurosa atención escucha él la voz de un mendigo que la de un grande de su reino. La vista de un infeliz es para él un llamado pero penetrante reproche. Léjos de sacrificar al menor de sus súbditos á sus particulares intereses, se forma de él un objeto de ternura

(1) *Las Criaturas*, pág. 73, 74 y 75.

«y de compasión. Premia solamente á la virtud, y castiga solamente al vicio igual ó indiferentemente. En fin, se muestra en todo tal como debe ser necesariamente un soberano que ama á los pueblos como á sí mismo.

«Los súbditos hallando en el príncipe un padre amoroso que trata de conocer sus necesidades para proveer á ellas; que todos los medios agota para disminuir su infelicidad; que constantemente vela sobre sus haberes y sobre su vida; que lleva el gravoso cuidado de toda la sociedad y se hace casi infeliz para hacerlos á ellos felices, conocerán que no tienen sentimientos de amor, de ternura, de gratitud y de adhesión proporcionados á tan grandes beneficios: se persuadirán de que al soberano se deben la sumisión, la obediencia y el respeto, que él no exige sino para utilizarlos en su provecho. Le amarán, finalmente, como se aman á sí mismos, le amarán en Dios y por Dios, y en cuanto Dios lo quiere. Los derechos de la soberanía no pueden estar mejor fundados ni seguros. En este sistema un rebelde es enemigo de toda la sociedad y destructor del orden.

«El rico, en vez de ensoberbecerse, se reconoce hermano del pobre, y reflexiona que acaso sus mayores sirvieron antes á los antepasados de aquellos que ahora obedecen sus órdenes, y que semejante suerte podría tocar también á sus sucesores. Estos pensamientos le humillan: él se considera como depositario y repartidor de sus riquezas: se muestra benéfico sin fomentar la ociosidad y la pereza; liberal, mas no pródigo, humilde y no imbécil; trata á sus criados como quisiera ser tratado él si fuese como ellos; ayuda á la sociedad con las ciencias, con la prudencia, con los consejos y con las riquezas sin mira alguna, sin el menor interés, solo en Dios y para Dios. No es posible hallar un impulso mas fuerte, un medio mas estable.

«El pobre llega á ser necesariamente fiel, subordinado y laborioso: vive contento en medio de sus fatigas, porque sabe bien que aunque el granizo puede devastar los campos bañados con su sudor, no puede quitarle el corazón de su amo; que la vejez puede volverle débil, pero no hacerle infeliz.

«El afligido no bien ha experimentado el infortunio, encuentra ya el consuelo, y aun cuando no le venga directamente de parte de los hombres, le sirve al menos de gran-

«de aliento el saber que todo el mundo se afige con él y por él.

«El afortunado tiene el gusto de hacer partícipes de sus prosperidades á sus semejantes, y no se propone otro intento que el de consolar afligidos y auxiliar á infelices: los ama á todos, y de todos es amado; no teme perder lo que posee, porque sabe que sus hermanos, léjos de despojarle de ello, desean sinceramente duplicárselo.

«Si todos los hombres tomasen por norma estos principios, la bella edad de oro no se contaría ya mas entre las quimeras.» «Jesucristo, dice mas adelante (1) recopilando estas materias, Jesucristo, al fin, ha llamado á todos á su presencia, soberanos, súbditos, sábios, ignorantes, ricos y pobres, maridos y mujeres, padres é hijos, pequeños y grandes, y les ha hecho entender que ante él todos son iguales, que él es su padre comun, que todos son hijos suyos criados para su último fin y dirigidos á un solo objeto, y que así deben amarse como hermanos, socorrerse mutuamente y hacer unos con otros lo que desearian se hiciese por sí mismos.»

«Todos ganaron, dice el Marqués de Valdegamas, con cuyas palabras concluirémos, todos ganaron con esta revolución dichosa (la aparicion del Cristianismo), los pueblos y los gobernadores: los segundos, porque no habiendo dominado antes sino sobre los cuerpos por el derecho de la fuerza, gobernaron ya los cuerpos y los espíritus juntamente sustentados por la fuerza del derecho: los primeros, porque de la obediencia del hombre pasaron á la obediencia de Dios, y porque de la obediencia forzada pasaron á la obediencia consentida. Empero, si todos ganaron, no ganaron todos igualmente, como quiera que los principes en el hecho mismo de gobernar en el nombre de Dios, representaban á la humanidad bajo el punto de vista de su impotencia para constituir una autoridad legítima por sí sola y en su nombre propio, mientras que los pueblos en el hecho mismo de no obedecer á los principes sino á su Dios, eran los representantes de la mas alta y gloriosa de las prerogativas humanas, la que consiste en no sujetarse sino al yugo de la autoridad divina. Esto sirve para explicar por una parte la singular modestia con que resplan-

(1) *Las Criaturas*, pág. 272.

«decen en la historia los principes dichosos á quienes los hombres llaman grandes, y la Iglesia llama santos; y por otra la singular nobleza y altivez que se echa de ver en el semblante de todos los pueblos católicos. Una voz de paz, de consuelo y de misericordia se habia levantado en el mundo, y habia resonado hondamente en la conciencia humana; y esa voz habia enseñado á las gentes que los pequeños y menesterosos nacen para ser servidos porque son menesterosos y pequeños; y que los grandes y los ricos nacen para servir porque son ricos y porque son grandes. El Catolicismo divinizando la autoridad santificó la obediencia, y santificando la una y divinizando la otra, condenó el orgullo en sus dos manifestaciones mas tremendas, en el espíritu de dominacion, y en el espíritu de rebeldía. Dos cosas son de todo punto imposibles en una sociedad verdaderamente católica, el despotismo y las revoluciones (1).»

Estando tan patente en todo cuanto hemos discurrido hasta aquí la grandiosa influencia de la religion cristiana en todas las clases y condiciones sociales, resaltan los errores, ó mejor dicho, las contradicciones de los sofistas que la han acusado de poco represora del vicio, de corruptora de los pueblos, de patrocinadora de crímenes, de fautora del despotismo de los reyes, y de la sedicion de los súbditos á la vez; y por último, de los que echando el resto, por decirlo así, la han llamado la caja de Pandora (2). Juzgue cualquiera si Voltaire tenia razon al decir en su exámen importante (3), «que todo hombre sensato y de bien debe mirar con horror á la religion cristiana.»

¡Oh! no hay mas que extender la vista hoy mismo por todos los países del mundo que no son cristianos; observar la sociedad política, la sociedad doméstica ó la familia, y de seguro un corazon cristiano no podrá sufrir mucho tiempo un aspecto tan desolador y horroroso.

Reasumamos este libro: Hemos patentizado que la religion cristiana en su pureza, ó el Catolicismo, no puede menos de

(1) *Ensayo*, 26 y 27.

(2) *Sistema de la naturaleza*, lib. II; *La sensatez*; *Historia del establecimiento de los europeos en las Indias*, tomo 6; *Ensayo sobre las preocupaciones*, cap. 2; *Política natural*, tomo 2; *Enciclopedia*, artículo 20 añadido; citas de Bergier, *Tratado histórico*, tomo 1.

(3) Citado por Nonnotte, *Diccionario filosófico*, artículo *Religion*.

ser la religion del sábio despreocupado y franco: que no puede ser sábio ni tener talento el que *por conviccion* la deseche; y que el hombre sábio y de talento que la deseche, es necesariamente hipócrita y traidor á sus íntimas convicciones. Hemos visto que la fama de los filósofos mas sábios del Gentilismo proviene exclusivamente de haber conseguido, entre sus muchos desvarios y absurdos, ciertas máximas y doctrinas que se aproximan al Evangelio que parece quisieron como columbrar á tan larga distancia; y otros, de haber profesado en grado heróico alguna de las virtudes recomendadas por él mismo, el cual á la vez ennobleció y elevó el fin y los motivos. Hemos visto que léjos de ser el Evangelio enemigo del talento, de las luces y de las investigaciones de la razon, es por el contrario la razon misma con alas, con las cuales puede la imaginacion remontarse al conocimiento de las verdades mas sublimes sacudiendo los pesados grillos con que las pasiones mas abominables la tenían aprisionada; que es la mano benéfica que extrajo al hombre de un caos de tinieblas á un vasto campo de luz, que es el telescopio de la inteligencia. Hemos visto que el Evangelio recordó al hombre sus derechos y su dignidad, sacándole de la consideracion ó concepto en que se tenia á la mayor parte de *seres indignos ó cosa cualquiera* sujeta á propiedad y dominio particular; consideracion que por tantos siglos hizo tener olvidada la dignidad, la nobleza, los derechos y las prerogativas del hombre. Hemos observado la grande expansion que recibieron las ciencias luego que reflejó en ellas la luz evangélica. Hemos visto cuántos, cuán variados é inmensos han sido los beneficios que el Evangelio reportó á la humanidad y á la sociedad en general, y en particular á cada una de las clases y de las condiciones de los individuos. Hemos advertido que el mundo jamás los habría experimentado, si no hubiera aparecido el Evangelio, por elevada que hubiese sido (si esto fuera posible) la altura á que se hubiera remontado la civilizacion. Hemos visto que solo el Cristianismo pudo conciliar y hacer simpáticas las diversas clases, categorías y posiciones sociales de los hombres, tendiendo un lazo fraternal entre todos ellos. Hemos visto que solo el Cristianismo pudo conseguir que nos interesáramos mutuamente en nuestros infortunios, y que todos participáramos de ellos, creando esa gran reciproci-

dad de sentimientos y de afectos, y haciendo al dolor y á la pena solidaria y reversible. Hemos visto que el Cristianismo reformó y suavizó las leyes, los usos y las costumbres; que fijó la idea truncada y extraviada del vicio y de la virtud, así como la moralidad de las acciones; que acrisoló la conciencia pública enriqueciéndola y apoyándola sobre bases seguras y verdaderas; que todo lo ablandó y dulcificó; que hinchó los corazones de sentimientos tiernos y compasivos, y de lágrimas los ojos; y por último, y como por una necesaria é inevitable consecuencia de doctrinas, hemos hecho ver la grande influencia del Cristianismo en la obtencion del pacífico régimen y gobierno de las sociedades, y en la realizacion de la felicidad y dicha temporal de las mismas.

Á vista de tanta multitud de beneficios generales y particulares traídos por el Cristianismo, cuesta trabajo creer que haya habido hombres tan estúpidos ó tan prevenidos contra él, que hayan apellidado á la religion cristiana la mas absurda de todas, detestable, fecunda en delitos, enemiga de la sociedad (1)..., la pluma se cae de las manos. Y pregunta un sofista: ¿Qué tiene de particular la religion cristiana para merecer que un hombre de razon la prefiera á todas las demás (2)?

Particularizaremos ahora el lenguaje. Abramos el Catecismo católico y veamos, recorriendo una por una sus principales doctrinas ó los puntos fundamentales del Cristianismo, la paz interior, la tranquilidad de espíritu, los grandes consuelos, las dulces satisfacciones, y los sublimes goces que hace saborear á los hombres, y el bienestar que importa en las sociedades: cosa tan maravillosa y estupenda, que los mismos enemigos del Evangelio no pudiendo atribuirlo á invencion humana, se ven obligados á reconocer en él un origen divino, porque de otra manera «seria mas pasmoso *«el invento que el héroe (3).»* Examinemos, pues, bajo el método analítico las doctrinas de la religion cristiana, y en este exámen continuaremos viendo lo que al principio hemos dicho, á saber, «que los mismos medios *que nos conducen al cielo, forman nuestra dicha en la tierra:»* y por con-

(1) *El militar Mosáico*, citado por Nonnotte, *Diccionario Mosáico*, artículo *Cristianismo*.

(2) Citado por id. *ibid.*

(3) Rousseau, *Emilio*.

siguiente, que el objeto de la religion de Jesucristo es la doble felicidad del hombre. Por manera que el Protestantismo trastornando estas doctrinas, y el Filosofismo aboliéndolas, no solo apartan á sus infelices prosélitos de la verdadera senda de su bienestar eterno, sino que en el mismo hecho atentan cruelmente contra su bienestar en esta vida; siendo, especialmente los sofistas, en su insensatez, en su profunda malicia ó en su honda hipocresía, enemigos de la religion y de la sociedad, de los hombres y de sí mismos. Demos principio por las virtudes.

LIBRO II.

CAPÍTULO I.

VIRTUDES.

«El Evangelio vino á barrer todas las iniquidades, á des-
«enmascarar todas las falsas virtudes, y á realizar las pocas
«virtudes verdaderas que constituian el fondo vital de la
«sociedad, como la justicia, la templanza, la sinceridad y
«la constancia, pero que tenian algo de estéril y limitado,
«como la estimacion humana que era su objeto y su precio:
«y colocando con sus divinas manos al mundo moral sobre
«un nuevo principio, *el sacrificio* en lo que hay de mas ge-
«neral y absoluto, puesto que se extiende desde la tierra al
«cielo, hizo brotar de aquel principio todas las virtudes di-
«vinas, sociales y vivificantes: la humildad, la caridad, la
«resignacion, el arrepentimiento, el perdon de las injurias,
«el amor de los enemigos, el respeto y el amor de la pobre-
«za, la fraternidad universal, el celo de la verdad, la fe, la
«esperanza, la caridad; grupo celestial que reasume todas
«las demás virtudes, y que se reasume á sí mismo en la
«mas eminente, la caridad. La caridad, que abraza en un
«solo sentimiento y en una sola palabra á toda la tierra, y
«no solo á toda la tierra, sino á la tierra y al cielo para con-
«sumarlos en la unidad, que es el término del amor, que es
«la vida, y la vida eterna (1).» Ved aquí bosquejada la ac-
cion del Evangelio sobre la virtud. ¡Cosa extraña! En los
mismos escritos con que Celso atacaba al Cristianismo en el
segundo siglo, reconocia á los cristianos por hombres sá-
bios, inteligentes, prudentes, modestos y virtuosos (2): y
el apóstata Juliano, al impugnarlos tambien, no podia me-

(1) Augusto Nicolás, *Estudios Mosáicos sobre el Cristianismo*, tomo 2. pág. 63.

(2) *Origenes contra Celsum*, lib. I, num. 27.